

Joan Blument

LA JUVENTUD



PUBLICACION SEMANAL

Organo de las escuelas gratuitas para obreros de la Congregación

Año I.

Dirección y Tipografía Privada: Congregación Mariana-Gandía.

Núm. 18

Contraposición Notable

ESTUDIANDO lo que se conoce hoy con el gráfico nombre de *la Revolución* y la Institución que se conoce con el de la Compañía de Jesús, se las encuentra admirablemente contrapuestas en todo; de suerte que no es lícito dudar de que su simultaneidad en la historia no es simple coexistencia material, sino verdadero providencial destino.

Lutero inaugura su rebelión despojándose de sus hábitos y entregándose de lleno á los excesos del más inmundo libertinaje. Ignacio inaugura su contra-rebelión renunciando á las galas de apuesto militar y entregándose á las durezas de la más austera penitencia.

Lutero convoca secuaces, arma en pos de sí legiones, subleva pueblos, corrompe príncipes, en odio á Roma y á la suprema autoridad jerárquica del Vicario de Dios. Ignacio alza bandera y recluta soldados, y se declara por todos los pueblos del mundo, y pone á todos por primera y esencial condición la obediencia al Papa y el absoluto respeto á su inviolable autoridad.

Lutero proclama el principio de la *libertad* en su más lata expresión y hasta sus últimas consecuencias; lema simpático á la carne orgullosa, verdadera dinamita social con la que se ha puesto en conflagración al universo entero. Ignacio pone por base de su Institución la *obediencia* en su más rígida observancia, y la ab-

dicación completa de todo el ser del hombre, *perinde ac cadaver*, en manos de su superior, en nombre de Dios y para las obras todas de su servicio.

Radical es el tema disolvente de Lutero, como que mina por su base todo orden religioso, político, individual y doméstico y hasta social. Radical es el contra-sistema de Ignacio, que mata en su raíz al hombre de la pasión y del apetito, y establece con esto el único fundamento de todo lo que éstos tiran constantemente á disolver.

Un cierto instinto irreflexivo pone á veces en los labios del enemigo un apodo que es el mayor elogio de su rival. Reparadlo. Modernamente la Revolución apenas sabe llamar al Catolicismo con este su propio nombre de cuna. Prefiere llamarle y le llama casi siempre *jesuitismo*. Y á sí propia se califica también, no tanto de racionalismo, no tanto de liberalismo no tanto de revolución, que éste es su verdadero y gráfico apellido, sino de *anti-jesuitismo*.

Caifás profetizó sin saberlo, definiendo el verdadero carácter del Redentor con las mismas palabras que empleaba para acusarle y procurar su muerte. La Revolución es también profeta en esto. El instinto natural puede en ella más que las preocupaciones de su ciego furor. Se define á sí propia y nos define con rara exactitud al llamar á lo nuestro *jesuitismo* y á la suyo *anti-jesuitismo*.

Es decir: es lo esencial de la Revolución el combatir cuanto representa y personifica y contiene la palabra *jesuitismo*; y es lo esencial de éste sostener y fomentar y procurar reine en el mundo cuanto combate y abomina la Revolución.

Lo cual ofrece dos enseñanzas prácticas, hoy día de incalculable valor.

Son las siguientes:

Se es más revolucionario cuanto se es más radicalmente anti-jesuita, porque entonces se es más radicalmente anticatólico.

Se es más fácilmente católico cuanto se es más jesuita; porque entonces se es más radicalmente anti-revolucionario.

No extrañéis, pues, el grito feroz de ¡Mueran los Jesuitas! con que ha sido glorificada repetidas veces la ilustre Compañía de Jesús. ¡Mueran los Jesuitas! es un grito sintético y anchamente comprensivo que incluye y significa de Dios abajo todo lo demás en que anda hoy en guerra Lucifer.

Ni extrañéis el movimiento simpático de concentración con que se agrupa todo el pueblo *verdaderamente* católico en torno de la hueste valerosísima de Ignacio. Ve en ella la personificación de lo que más ama y de lo que más ha de defender, así como la garantía mejor de acierto y de éxito en tal defensa.

Es principio fundamental de Ignacio de Loyola, dado por él como *santo* y seña á sus hijos de la ínclita Compañía, el

LA JUVENTUD

de sentir en todo con la santa Iglesia Romana. Y la Compañía morirá antes que ser infiel á esta consigna de su Capitán. Sentir significa más que creer, más que obedecer, pues significa la más íntima unión, cual es la que se funda en identidad de sentimientos, aun en aquello en que no es de precepto explícito el rendimiento de la inteligencia y de la voluntad.

Pues bien: Sea norma invariable para el católico de hoy, agitado por tan revueltos vientos de dudas y desconfianzas, sentir con la Compañía de Jesús. No sólo creer lo que ella cree y obedecer á la Iglesia como ella obedece, que claro es que sin esto no se podría pertenecer en absoluto á la Iglesia de Dios; sino para proceder, aun en lo que parece libre, con la mayor seguridad, amar todo lo que aquélla ama, detestar todo lo que aquélla detesta, merecer de la impiedad los reproches todos con que á aquélla se la combate.

Tenémolo como uno de los mayores beneficios de Dios (el mayor quizá que le debemos después de la gracia bautismal y de la educación de una madre santa), el de habernos puesto en condiciones de respirar desde nuestra primera juventud el aire de la Compañía.

Hemos reparado en la historia (del siglo XVIII sobre todo) y en los acontecimientos de hoy, que ha acabado por desviarse casi siempre de la verdadera fe el que ha empezado por separarse del espíritu de la Compañía para hacer coro, más ó ménos directamente, con sus enemigos. No es regla primaria de fe la Compañía de Jesús, librenos Dios de sentar este despropósito. Pero es tiempo ha el criterio más práctico y asegurado para no separarse de la regla de la fe.

¡Viva, pues, la Compañía! Sí, señor. ¡Viva la Compañía! ¡Viva la Compañía!

FELIX SARDA Y SALVANY.



NUMERO EXCESIVO

¿A que no adivinan ustedes de qué hay un muy *excesivo* desarrollo en España?

Pues muy sencillo... de ex gobernadores y ex funcionarios de todas clases que, después de haber hecho el agravio al país de desgobernarle, ahora *chupan* bonita y tranquilamente su cesantía.

También hay excesivo número de llamados redentores del obrero, que viven y medran á sus expensas, de políticos farsantes y de revolucionarios por amor á pescar alguna prebenda.

Y de palabras insultantes, de groserías, de tonterías y de discursos anticlericales, ¿no les parece á ustedes que de todo esto llevamos sufriendo un número excesivo?

Y lo más vergonzoso es el número excesivo que ha habido en España de ministros incapaces de tener conciencia exacta de sus deberes de gobernantes.

* *

Nos consta que en una de las Compañías de tranvías de Madrid los empleados tienen que trabajar lo ménos doce horas, y los hay que están empleados trece y media, los días festivos.

Al Sr. Canalejas, tan ocupado en contar el número de frailes, no debe preocuparle gran cosa averiguar el número de horas de más que trabajan los hijos del pueblo.

Y conste que, para evitar abusos tan intolerables como el que referimos, ni siquiera tendría que hacer nada nuevo, pues una ley dada en tiempos conservadores fijaba en once horas el máximo de la jornada.

* *

El Sr. Canalejas está sulfurado porque hay católicos que, en sus protestas por la campaña anticlerical del Gobierno, usan frases poco melosas y un tanto enérgicas.

Pues la verdad es que muy comedidos andan los católicos, por lo farruco que está él. ¿Quería, acaso, que le felicitáramos sólo porque él se llama

católico? ¡Quiá! Los judíos, diciéndole á Jesucristo: «Salve Rey de los judíos», le daban de bofetadas. El llamándose católico, persigue á la religión. Las protestas, pues, están más que justificadas.

El Eco del Pueblo.

NUESTRAS POSICIONES

Para que la acción de los católicos sea social y católica, hay que persuadirse bien de los siguientes axiomas cristianos:

1.º—Dios en las obras hechas en su gloria no premia el *fruto recogido*, si no el *trabajo empleado* (para los descontentadizos).

2.º—Podemos hartar á un pobre (pecador ó incrédulo) de comida, de dinero y de bienestar, y podrá no convertirse; la conversión es obra *exclusiva de la gracia de Dios*, (para los presuntuosos).

3.º—En las obras que se emprenden por y para Dios, no es Dios quien pone la menor parte, (para los tímidos).

4.º—La obra mejor empezada puede hacerse mala ó inútil por la inconstancia, (para los flojos).

5.º—El *dinero*, con valer tanto, es lo ménos necesario para la Acción, cuando se cuenta con *buenas voluntades* y se sabe contar con la *gracia de Dios*, (para los calculistas).

6.º—Más obras buenas dejan de emprenderse ó proseguirse, por falta de confianza en Dios que por falta de dinero, (para los desconfiados.)

7.º—La piedad es útil para todo, (para los buenos).

8.º—La Acción Social Católica es un negocio que el hombre lleva á medias con Dios. ¿quién ganará más, y se aburrirá más pronto? (para los pesimistas).

El Granito de Arena.

* *

CARIDAD HEROICA

(HISTÓRICO)

Dirigíanse dos ciudadanos españoles hacia el archipiélago filipino; pero con fines o-

puestos: el uno iba para reclutar almas para el cielo; iba á sacrificarse por el bien de sus hermanos; el otro á sacrificar á sus hermanos por interés propio: el uno era todo amor del prójimo, el otro, todo egoísmo.

Ambos se encontraron con frecuencia y cruzaron más de una vez la mirada; pero la del uno era de compasión y ternura, en cambio la del otro de rabia y de odio.

Tales eran el P. Antonio, jesuita, y el masón de alto grado, D. Celso.

Y dió la real casualidad que después de seis años de permanencia en Filipinas, los dos embarcaron en un mismo vapor en el puerto de Manila con rumbo á España. Ambos se reconocieron; el jesuita pareció no fijarse en su enemigo el masón D. Celso, pero éste no pudo ocultar su aversión al apóstol de Cristo y murmuró una blasfemia al saber que tendría por compañero de viaje al que tanto había desacreditado y cobardemente perseguido.

El P. Antonio volvía á España á reponerse de su quebrantada salud, á recobrar fuerzas para de nuevo emprender su heroico apostolado entre los indios. D. Celso volvía á España llevando consigo una regular fortuna con que hacer felices en la tierra á sus hijos y esposa.

Con mar bella y viento en popa zarpó el vapor. Tres días de navegación llevaban sin que se pudiera presagiar ningun riesgo.

Pero una noche se desencadenó horrible tempestad. Los relámpagos cruzaban el espacio iluminándole con siniestros resplandores; prolongados truenos estallaban horribos, cual si el cielo se cayera á bajo, y el mar, ese inmenso celoso pregonador del poderío de Dios, hinchó sus olas formando gigantes montañas.

¡Qué escenas, qué horrible espectáculo! Arriba, el cielo iracundo vomitando rayos: abajo, el mar preñado de furia levantándose en inmensas montañas de agua y dejando entre las revueltas olas abierto un abismo!

Los repetidos golpes de mar

arrancaron la arboladura del vapor y causaron irreparables averías. No había esperanza; el mar abría sus fauces y poco á poco se iba hundiendo el vapor. ¡Momentos de infinita angustia y confusión! Todos los pechos clamaban al cielo; todos los brazos se agitaban demandando un imposible socorro. El capitán con revólver en mano refrenaba algun tanto el vértigo, la locura que de todos se iba apoderado. Ordenó desamarrar los botes y por riguroso turno iban embarcando en ellos un número determinado de pasajeros.

El barco se hundía paulatinamente. No quedaba más que un bote. Los momentos eran críticos. Uno, dos... veinte veintiuno—contó el capitán sin haber enfundado aún su revolver;—sobra uno, el último que ha saltado. ¡Al agua con él ó perecerán todos!

Este último era D. Celso.

¡Por Dios!—clamó D. Celso.—Tengo derecho á la vida, soy padre de seis hijos. ¡Pobres hijitos míos!

El capitán le puso por toda contestación el revólver á la sien. No había más remedio que deshacerse de un hombre para que los demás pudieran salvarse ó tener, por lo menos, esperanza de salvación.

—¡Por piedad!—exclamó D. Celso poniéndose de rodillas.—No es mi vida la que me importa; es la vida de mis hijos, de los hijos de mi corazón. ¡Piedad de ellos!

El vapor desaparecía y se había desamarrado el bote. Ya iba el capitán á descerrajar un tiro sobre D. Celso cuando se interpuso el P. Antonio.

—Pues es preciso que alguien muera, aquí estoy yo, capitán, y dejad la vida de este padre de familia.

—Sea así y sea pronto, porque de lo contrario pereceremos todos. ¡Arrójese al mar, Padre!

No hubo más palabras.

El P. Antonio se puso de pie en la popa del bote, levantó los ojos al cielo, se santiguó, murmuró una breve jaculatoria y, abrazado á su crucifijo de misionero, se dejó caer de es-

paldas sobre las embravecidas olas.

Un momento después desaparecía en lo profundo el heroico jesuita que se entregaba á la muerte por salvar la vida del que se mostraba su enemigo

EL ABUELITO

IGNACIO Y SU COMPAÑÍA

Porque la herejía nunca es un hombre solo, sino que luego se convierte en legión, el hombre providencial que Dios envía contra la herejía suele ser también más que hombre. Por esto Ignacio pasó á ser... Compañía.

Sí, la Compañía es Ignacio sobreviviéndose á sí mismo y perpetuándose en hermosa juventud hasta nuestros días, en que, por cierto, no lleva trazas de morir de vejez. Es Ignacio batiéndose por Dios al mismo tiempo en las cinco partes del mundo conocido, y en todas ellas defendiendo la integridad de sus soberanos derechos, y en todas ellas sufriendo por Él, y por Él agonizando y muriendo. Es Ignacio multiplicándose al infinito en sus oficios y ministerios, á la vez regentando cátedras y catequizando salvajes, consolando moribundos y estudiando el curso de los astros, estudiando libros ó predicando misiones redimiendo negros ó educando hijos de príncipes, y en todas partes condensando sobre sí el odio de los malos, y recibiendo sobre su rostro el baldón y la calumnia que se dirigen á Cristo, y alguna vez sobre su pecho el plomo homicida ó el puñal sangriento.

(Sardá y Salvany.)



¡BOMBA!

Dicen que Canalejas ha convertido el palacio de Santoña en lazareto para leprosos y que ha repartido su inmensa fortuna en hospitales para enfermos y en asilos para pobres ancianos.

¿Será esto verdad? parece-nos que no; pues en España sólo suelen hacer estas cosas los frailes y las monjas; y tal vez por esto le conviene tanto á Canalejas tirarlos pronto de España, no sea caso que el pobrecito pueblo se convenza de que sus verdaderos amigos, los que saben por él sacrificar sus haciendas, su bienestar, su salud y su vida no son Canalejas ni los anticlericales, sino los religiosos tan odiados y perseguidos de los que, no esperando otra vida después de ésta, procuran gozar aquí cuanto pueden, aunque sea á costa del pobrecito, sin que les importe un bledo de las necesidades y miserias ajenas.

NUMEROS CANTAN

En la capital de España hay, asístense los anticlericales, nada menos que 64 conventos.

¿A qué se dedican?

Deesos sesenta y cuatro, según datos que obran en el Obispado y Gobierno civil:

A la enseñanza gratuita de niños ó niñas pobres, 37; á recoger, moralizar y dar manutención á jóvenes extraviadas, 4; á la instrucción de obreros, 1; al cuidado de ancianos, 4; á la asistencia de enfermos, 5; á instruir sirvientas y darles hospitalidad cuando se hallen sin colocación, 1; á la educación de sordo-mudos, 1.

Los once restantes son conventos de clausura, y se dedican las religiosas á la oración.

De modo que, ya ven ustedes, la mayoría de las Congregaciones religiosas se dedican á la vagancia.

En cambio no se asustan los anticlericales si en Madrid hay más de 5.000 tabernas, que ahora, gracias á Canalejas, no se cierran los domingos, y otros tantos centros de perdición y garitos.

Consecuencia de esta estadística:

Hay que perseguir a las Ordenes religiosas, que tan evidentes servicios prestan á la sociedad, y dejar en paz á millares de tabernas y otros tantos centros de criminalidad y perversión.

¿Tendrán sentido común ésos que se llaman anticlericales?

(D. El Guerrillero).

ESTADÍSTICAS

Dícese que no hay nada como la elocuencia brutal de las estadísticas. Ante las matemáticas hay que callar ó reventar y matemáticas puras son éstas:

Para que se entienda la importancia grande de las Comunidades religiosas en las obras, benéfico-docentes, es decir, gratuitas, he aquí datos elocuentísimos que acaba de publicar la Dirección general de Administración, (Ministerio de la Gobernación) y que tenemos á la vista (parte III, capítulo VII, página 601 y siguientes), comparados con las *escuelas laicas*.

En todas las provincias de España hay de esta clase de establecimientos docentes y gratuitos, 552 escuelas, y 152 colegios.

Reciben enseñanza católica, generalmente por religiosos y religiosas:

De Catecismo (catéquesis), 6.731 niños y 6.602 niñas.

De instrucción primaria, 19.938 párvulos, 30.874 niños y 39.748 niñas.

En las Escuelas salesianas, 2.577 educandos.

De instrucción ó enseñanza especial (artes y oficios, pintura ó música etc.), 3.368.

En escuelas dominicales y en las nocturnas para obreros, 7.309 educandos y 6.844 educandas.

Total, 123.991 alumnos de todas clases.

(Las escuelas laicas gratuitas no tienen en toda España más que 5.821 discípulos.)

Pero donde brilla la actividad de las Comunidades religiosas es en la asistencia á los enfermos.

Según la estadística dicha, existen en España, con carácter provincial ó municipal, 606 hospitales; de ellos solo 442 tienen de continuo enfermos. Pues bien, todos estos establecimientos, en cuanto á la «asistencia», están encomendados ó se hallan servidos por religiosos ó por religiosas.

Las hijas de la Caridad (vulgo *Hermanas*), tienen á su cargo 253 hospitales provinciales, y siguen en número las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, con 24; Hermanas Carmelitas, 19, y Siervas de María, 16.

«El servicio de las religiosas—dice la Dirección general de Administración (parte I, página 61)—es gratuito en 111 establecimientos y remunerado en 208, pero en términos módicos ó modestísimos, ó sea la alimentación y el vestido, una peseta diaria para la primera atención y 10 pesetas mensuales para el vestido (total al año 485 pesetas) y otras más modestas aún, según las localidades; esto es, lo estrictamente indispensable para satisfacer dichas inexcusables necesidades.»

Y respeto á otras instituciones benéficas, cuyo fin caritativo es la protección de los ancianos y la asistencia domiciliaria de los enfermos, la estadística oficial, (parte III, página 581), pone de manifiesto que sólo las Hermanitas de los Pobres sostienen con su trabajo los 51 Asilos que han fundado en España.

(Continuará)

La Cruz y La Espada.

OTRO CASO

A propósito de lo que decíamos en nuestro último número de cierto joven que por no dar ganancia á un anticlerical había comprado una pieza de ropa no tan de última moda en una casa clerical ó católica, nos dijo un caballero de lo más distinguido por cierto de esta ciudad, que también él se había proporcionado un sombrero no tan de su gusto por no dar ganancia á un sombrero anticlerical.

Esta, esta es la guerra más directa y eficaz contra el anticlericalismo, ó lo que es lo mismo contra los enemigos de Dios y de su Iglesia. Conque ¡ánimo, Católicos, y á ellos! ¡Nadie compre en comercios de anticlericales!

Gandía 24 de Julio de 1910.
CON CENSURA ECLESIASTICA